

posible; pero mi petición no pudo llegar hasta Mtesa, detenida por las prescripciones inflexibles del ceremonial de aquellos monarcas salvajes que son tan rigurosos en este punto como los emperadores de Oriente. He sabido que ha empleado el día en recibir el tributo de Suwarora. Este tributo se componía, como sabemos, de alambre, y el rey se ha informado de los medios por los cuales Suwarora ha adquirido aquella especie de mercancía fabricada exclusivamente por los hombres de raza blanca, diciendo que «sin duda me lo habían robado á mí ó á otro, y que por estas prácticas abusivas se impedía que los viajeros llegasen hasta el rey.» El encargado de los presentes contestó: «que Suwarora no veía la necesidad de tratar con consideraciones á los hombres de la raza blanca, porque eran brujos, que en vez de dormir por la noche bajo techado, volaban á la cima de las montañas para ocuparse en los mas abominables encantos.»

A esto, el príncipe replicó con un desembarazo completamente africano: «Mentís; yo no puedo descubrir nada de malo en ese hombre blanco; si hubiera sido un malvado, Rumanika no nos lo hubiera enviado.»

Por la noche, cuando estaba ya acostado, vinieron á pedirme de parte del rey que le prestase un fusil para completar la media docena con los que yo le habia dado. Solicitaba esto en nombre de nuestra amistad, porque queria dar una vuelta al día siguiente á casa de sus parientes. En vez de un fusil le envié tres, porque comprendí que nada perdería con mostrarme generoso.

22 de febrero.—El rey ha ido á casa de todos los miembros de su familia á mostrar los magníficos regalos que ha recibido del «hombre blanco.» Esto prueba, segun dice, que los espíritus le favorecen, porque ninguno de sus antepasados ha disfrutado tales privilegios, con lo cual se encuentran establecidos sus legítimos derechos al trono del Uganda. Hacia media noche me fueron devueltos los tres fusiles, y la prontitud y lealtad del jóven príncipe me impresionaron de tal modo, que le rogué que los aceptase.

23 de febrero.—Los pajes de Mtesa han venido á medio día para invitarme á ir á palacio. He ido efectivamente con una guardia de honor y mi silla, pero he tenido que esperar á que S. M. estuviese preparado á recibirme, con el comandante en jefe y otros altos funcionarios. Para entretenernos estaban allí los músicos vuagogas, cuyas arpas estaban acompañadas con el sonido de la armónica. En esto llegó un paje agoviado con el peso de un haz de yerbas y me dijo: «el rey cuenta con que no tomareis á mal que os pida que tomeis esto para sentaros delante de él; nadie en el Uganda, ni aun los funcionarios mas

altos tienen nunca permiso para colocarse en ninguna cosa mas alta que el suelo; nadie excepto el rey puede sentarse en heno como éste, y su trono no está hecho de otra cosa. Si ha permitido el primer día que os sirviérais de vuestra silla habitual, era solo para aplacar la cólera que mostrásteis.»

Cuando consentí, en atención á los miramientos que se me habian mostrado, en conformarme con los usos del país, fuí admitido sin tardanza. La corte presentaba el mismo aspecto que el día de la primera entrevista, con la diferencia de que los vuakungus eran menos numerosos, y en lugar de la docena de anillos de bronce y de cobre, llevaba el príncipe solo mi anillo de oro colocado en el tercer dedo. Aquel día parecia hallarse dedicado á los negocios, porque además de los altos funcionarios, se veían aparecer á cada momento y desfilar por delante del monarca grupos de mujeres, vacas, cabras y aves, producto de las confiscaciones, así como cestas de pescado, antilopes en jaulas, puerco-espines, y ratones de una especie particular, cogidos por los cazadores de la corona. Los tejedores llegaban con sus mbugus, los magos con sus tierras de colores y sus varas encantadas. Pero entre tanto comenzó á llover, los cortesanos se dispersaron, y no me quedó otro recurso mas que pasearme de un lado para otro con mi paraguas, no sin algun disgusto contra aquel orgulloso huésped que ni siquiera pensó en ofrecermé un abrigo en su choza.

Cuando desapareció la tempestad, nos reunimos de nuevo, y le encontré sentado como antes, pero tenia delante de sí la cabeza de un toro negro, al lado de la cual estaba caído un cuerno arrancado de un golpe de maza. Andaban alrededor de la concurrencia cuatro vacas sueltas. Me invitaron á que las matase en el menor tiempo posible, pero no teniendo balas para mi fusil, pedí á Mtesa el revolver que le habia regalado, y en pocos segundos se hallaban las vacas en el suelo. Sin embargo, la última, á la cual no habia hecho mas que herir, trató de acometerme, y tuve que emplear para matarla la quinta bala del revolver: acción *maravillosa* que me valió ruidosos aplausos, y por lo cual los cuatro animales muertos fueron entregados á mi gente.

El rey se puso despues á cargar con sus propias manos una de las carabinas que yo le habia dado, y entregándosela amartillada á un paje, le encargó «que fuéese á matar á un hombre al otro patio.» El chico salió, oímos la detonación, y le vimos venir inmediatamente con la misma cara de satisfacción, con el mismo aspecto de maliciosa felicidad que si hubiera pillado un nido de pájaros ó ejecutado cualquiera de esos rasgos de destreza con que se envaneecen los niños.

—«¿Lo has hecho bien?» le preguntó el rey.

—«Perfectamente,» contestó el aprendiz de verdugo.

Y seguramente no mentía, porque su amo no entendía de chanzas. Pero aquel incidente no interesó á nadie, ni ninguno de los concurrentes pensó en saber quién era el que habia recibido la muerte de manos de aquel chicuelo.

XII.

Continuación de la corte del Uganda.—La reina madre.

Como ha podido observarse por lo que precede, y como se verá por lo que sigue, el tiempo no se cuenta por nada en las ocupaciones de los monarcas africanos. Necesité muchos días de diplomacia y de luchas contra la etiqueta para conseguir de Mtesa un oficial del Uganda y un guía del Kidi que acompañase á Mabruki y Bilal, que eran dos de mis hombres encargados de llevar unas cartas y mapas geográficos que yo dirigía á Petherick. Llevaban una carga de abalorio para pagar los gastos de su viaje, y recibieron órdenes terminantes de seguir en cuanto les fuera posible la corriente del Nilo. Cuando les hube puesto en camino, fuí á ver al rey para arreglar con él ciertos asuntos relativos á Grant y para quejarme de mi actual habitación, que no es cómoda, saludable, ni en relación con mi categoría, muy superior á la de los mercaderes árabes para quienes se habia construido. Cuando estuve alojado convenientemente, en la proximidad del palacio, manifesté la esperanza de que los dignatarios de la corte no se avergonzarian ya de visitarme. Cuando el rey no sabe qué decir, se encierra en un provocativo silencio. En vez de contestar á mi indicación, se ha puesto á disertar sobre geografía, y despues me ha aconsejado que vaya á ver á su madre, la *n'yamasoré*, á su palacio de Masorisorí (vulgarmente llamado *Soli-Soli*), porque necesita una medicina. Me han advertido además para lo sucesivo, que segun la etiqueta del Uganda, no debia dejar de visitar al rey dos días seguidos y dedicar el tercero á su madre. Estos son sus respectivos privilegios.

Hasta ahora las leyes del país me impedían ir á ver á nadie mas que al rey: no habia tenido ocasión de interesar á ninguno por medio de generosidades bien entendidas; no tenia ninguna visita excepto la de los pajes que iban por orden expresa del soberano; nadie estaba autorizado para venderme provisiones, de modo que mi gente se veía precisada á saquear los jardines que les señalaban los oficiales del rey ó á apoderarse de las bananas que llevaban los vuagandas al palacio. Aquel sistema particular de «no intervención,» que es uno de los distintivos de la política real, tenia por objeto reservar al soberano el monopolio de la explotación que pudiese hacerse de sus huéspedes.

Pasada la solemnidad conveniente á mi primera visita á casa de la reina madre, llevé además de mi botiquín portátil, un presente compuesto de ocho brazaletes de bronce y cobre, treinta gruesas perlas, «huevos de paloma» de color azul, un paquete de abalorios y de diez y seis codos de indiana. Llevé tambien mi pequeña guardia de honor, sin olvidar mi trozo de heno real. El palacio donde yo iba se halla á 1 1/2 milla de el del monarca; pero me estaba prohibido ir por el camino real, porque se considera como descortesía, pasar por la puerta de este último sin entrar en él. Así pues, dando la vuelta á los jardines exteriores y á los arrabales de Bandawarogo, desemboqué en la vía pública, casi en frente de la residencia de S. M. la reina viuda, donde se hallaba reproducida en menor escala la distribución interior del palacio de Mtesa. La morada de la reina se hallaba separada por un gran espacio de la de su *ham-raviona* ó comandante en jefe; los recintos exteriores y los diferentes patios, tenían tambien por paredes una empalizada de yerba de tigre, y las chozas no eran tan numerosas ni tan grandes como las del rey, pero habian sido construidas por el mismo modelo. Cuidaban unos guardas de las puertas, provistas de campanas de aviso, y los empleados de servicio ocupaban con los mismos las salas de recepción. Todas las demás chozas estaban llenas de mujeres. Me hicieron sentar cuando llegué en una choza que servía de antecámara, pero no permanecí en ella mucho tiempo, porque la reina habia sido avisada y estaba dispuesta á recibirme en un besamanos de simple distracción en lugar de una recepción pomposa. Apenas abrieron la puerta, me adelanté hacia la choza del trono con la cabeza descubierta, pero á la sombra de mi paraguas, y no me detuve sino para sentarme en frente de S. M. en la silla completamente rústica que me habia regalado su hijo.

La reina era gruesa, fresca, y de unos cuarenta y cinco años: estaba sencillamente vestida de mbugu, sentada en el suelo sobre una alfombra con el codo negligentemente apoyado en una almohada de la misma tela, y tenia por todo adorno un collar de abro y un pañuelito de mbugu arrollado á la cabeza. A su lado habia un espejo destrozado por el uso. A la entrada de la choza se veía una larga barreta de hierro en forma de asador que tenia en su extremo superior una copa llena de polvos mágicos, y dominaba á otros talismanes del mismo género. En la parte interior estaban agrupadas alrededor de su señora, cuatro hechiceras con trajes fantásticos y un gran número de mujeres. Permanecimos algun tiempo á cierta distancia mirándonos con curiosidad, y despues despidió á las mujeres, y como para variar el cuadro entró una orquesta y una multitud de vuakungus que fueron llamados á hacer la corte. Luego me invitaron á que

me acercase y me sentase en frente de la reina en el interior de la choza. Circuló de mano en mano el mejor *pombé* del Uganda, que fue probado primero por la reina, despues por mí, y últimamente por

todos los altos dignatarios sucesivamente. La *n'yamasoré* se puso despues á fumar en pipa y me rogó que hiciera lo mismo. Se hizo una seña á los músicos que iban vestidos con sus pieles de cabra de largos pelos,



Un noble del Uganda.

y comenzaron inmediatamente su danza de oso. Tocaron varios tambores y me preguntaron si distinguía yo sus diferentes tonos.

La reina, que tenía un carácter alegre, se levantó de repente, y dejándome sentado, pasó á una choza inmediata, donde cambió su *mbugu* por un *deolé*. Despues volvió á escitar nuestra admiración, y cuando hubo gozado del efecto que estaba segura de ha-

ber producido, mandó evacuar segunda vez la sala del trono donde solo quedaron tres ó cuatro *vuakungus* que gozaban de su intimidad. Entonces cogió un haz de varitas muy bien colocadas, y separando tres de ellas, me declaró que tendría que curarla de tres enfermedades diferentes.

«Esta primera vara, dijo, representa mi estómago, de que padezco mucho; esta segunda, el hígado, que



El kambari, pez del Uganda.

me envía á todas las partes del cuerpo punzantes dolores, y esta tercera es el corazón, que me produce todas las noches desagradables sueños respecto de Sunna, mi difunto marido.»

Contesté que los sueños y los insomnios de que se quejaba eran comunes á casi todas las viudas, y no desaparecerían sino en el caso de que S. M. se resignase á contraer segundo matrimonio. En cuanto á sus padecimientos físicos, necesitaba, antes de arriesgarme á recetarle cosa alguna, mirar su lengua, tomarle el pulso, y tal vez poner mis manos en sus augustos flancos. Los *vuakungus* se sorprendieron al

oir estas palabras, y decían que aquello no podía hacerse sino con la autorización del rey. Pero la *n'yamasoré*, levantándose de su trono rechazó la idea de consultar á «aquel jóvencillo,» y se sometió desde luego al exámen necesario.

Entonces saqué dos píldoras, que dejé probar á los *vuakungus* para tranquilizarlos acerca de los sortilegios del doctor, y encargué á la enferma que las tomase por la noche, recomendándola que se privase de alimento y de *pombé* hasta mi nueva visita. Observé con gran placer los progresos de mi influencia sobre ella, porque se estendería indirectamente á ad-



Kibuga ó residencia del soberano del Uganda.

quirirla con el rey, y la oí decir con satisfacción que «todo la había agradado en mí excepto la prohibición de beber su licor favorito.»

Luego tuvo lugar, con las formalidades acostumbradas la presentación de los regalos. Decía ingenuamente «que nunca la habían regalado tesoros semejantes,» y sus dignatarios con voz entusiasta la proclamaban «la más feliz de las reinas.» En cambio, obedeciendo á un instinto de gratitud que la honraba, me rogó que aceptase uno de esos largos tubos artísticamente trabajados que sirven para beber la cerveza del país, y todos reconocieron en aquel presente puramente honorífico la más alta prueba de distinción que se me podía dar.

Pero esto no bastaba; me obligó á pesar de mi resistencia á elegir cierto número de *sambos* ó anillos de pelo de girafa trenzado con alambre delgado de hierro ó de cobre que se llevan alrededor de la caña del pie. Todas aquellas liberalidades fueron coronadas con el regalo de varios cántaros de pombé, una vaca y un paquete de pescados secos pertenecientes á la especie particular que mi gente designa con el nombre de *samaki-kambari*. Concluido aquel asunto, me rogó que le enseñase mis dibujos, y la divertieron de tal modo, que llamó al punto á sus hechiceras y á todas sus mujeres para que participasen del gusto que ella disfrutaba. Luego nos dirigimos afectuosas expresiones que concluyeron con un minucioso examen de mis sortijas, de lo que llevaba en mis bolsillos, y sobre todo del reló que la reina llamaba *lu-bari*, expresión equivalente á templo, ídolo ó talisman (1). Me repetía á cada momento «que deseaba verme, que volviese dentro de dos días, que la agradaba mucho, escesivamente, mucho más de lo que podía decir, pero que el día había acabado y que tenía libertad para marcharme.»

Después de aquella estraña despedida, se levantó y me dejó solo con mi gente.

28 de febrero.—No pensé ya en otra cosa más que en conseguir una choza en el interior del palacio, tanto por interés de mi dignidad personal y de mi influencia en la corte, como para estar en disposición de estudiar más de cerca las costumbres y trajes de aquel estraño pueblo. Por lo mismo, no me disgustaba que el monarca me llamase á audiencia casi diariamente, porque aquel celo de buen augurio podía darme ocasión para conseguir el privilegio á que aspiraba.

Así pues aquella mañana, en vez de acudir al lla-

(1) El empleo de una misma palabra para designar varios objetos análogos, es una de las señales características de toda lengua en el estado de la infancia. Ya lo hemos visto con la palabra *mbugu*, que significa á la vez un árbol, la corteza de este árbol, la tela fabricada con esta corteza y el vestido que se hace con la tela.

mamiento de un paje, le envié á Bombay y algunos de mis hombres, alegando que «á pesar de mi deseo de verle todos los días, no podía esponderme con tanta frecuencia á los rayos del sol. En otros países que había atravesado, tenía reconocido el derecho de habitar un palacio igual al del rey, y tratarme de otro modo, era mostrarme cierto desprecio. Si yo insistía para que se me señalase una habitación en el interior del real recinto, era porque deseaba hallarme con la mayor frecuencia posible cerca de S. M., hablarle á todas horas del día y explicarle detalladamente el uso de los diversos objetos que le había ofrecido.» Según lo que me dijo Bombay, el rey comprende perfectamente los motivos de mi humilde petición. «Nada desearía más, dice, que tener constantemente á su lado al *Bana* (ya sabemos que me daban este título); pero las chozas estaban llenas de mujeres, y esto hacía imposible el asunto. Sin embargo, si el *Bana* quisiera esperarse, se contruiría para él en los alrededores una habitación especial, honor que no se había hecho á ninguno de los huéspedes anteriores. Después, cambiando de asunto y pasando revista á mis hombres, le sorprendió de tal modo sus pequeños *fez* encarnados que me envié sus pajes para pedirme una muestra. Yo le di varios, lo cual le hizo confundirse en demostraciones de reconocimiento por mi generoso proceder, y consultó á Bombay qué podría ofrecerme que me gustase en cambio de aquel presente. Mi indio, adiestrado de antemano, contestó que el *Bana*, gran personaje en su país, no buscaba ninguna de las ventajas que da el comercio del marfil y de los esclavos, y que todo lo más que podría obligarle á aceptar sería una lanza, un escudo un tambor, ó cualquier objeto sin valor por sí mismo para llevarlo consigo como una muestra de las manufacturas del Uganda, y como un recuerdo agradable de su visita.

—Si eso es todo lo que quiere, contestó Mtesa, espero llenar sus deseos, porque le daré las dos lanzas con que he conquistado todo el país, una de las cuales atravesó en aquella ocasión tres hombres de un mismo golpe. Ahora no sé si debo creer como dicen, que el *Bana* tiene gran deseo de cazar conmigo.»

Bombay replicó afirmativamente, ponderando mis proezas de cazador, é insinuando á S. M. que tendría un gran placer en darle algunas lecciones.

El rey, cada vez más contento, promovió á N'yamgundu y á Maula al grado de centurion «por haberle llevado una visita como la mía.» Así pues, cuando tuvieron tiempo, fueron á verme los dos para darme cuenta de su fortuna, postrándose á mis pies. Me suplicaron además que les prestase algunas vacas con objeto de ofrecérselas al rey como prueba de agradecimiento por el favor que habían recibido. Yo les contesté que mis vacas procedían todas de regalos hechos

por el rey, y que no era costumbre entre nosotros los hombres blancos dar con una mano lo que recibíamos con otra. Sin embargo, como el honor de su ascenso recaía en cierto modo sobre mí, ponía á disposición de cada uno de ellos un brazalete de alambre para hacer un *salaam* digno de las circunstancias.»

Aquello era todo lo que deseaban; bebieron hasta ponerse alegres, y nos dieron una serenata de tambores que duró todo el día. Por la noche, con gran sorpresa mía, recibí del comandante en jefe, con muchos cumplimientos una matrona mganda, destinada, según decía, á «llevarme agua,» añadiendo; á manera de post-data, que si no me parecía bastante bonita podría escoger otra entre una decena «de todos colores» comprendiendo en ellas las vuahumas que esperan mis órdenes en su palacio.

No habiendo previsto aquella agradable adición al personal de mi campo, me sentí confuso, lo confieso. Rehuser en el acto hubiera sido muy poco cortés, y por consiguiente, recibí provisionalmente á la hermosa proponiéndome devolverla al día siguiente por la mañana con un collar de perlas azules; pero ella misma me sacó del apuro escapándose por la noche, lo cual no ha sorprendido á Bombay, porque procedía sin duda de algún dominio confiscado por el príncipe, y no deseaba hallar protector.

14 de marzo.—Después de las inútiles gestiones que he hecho para conseguir una habitación más conveniente, acabo por fin de alcanzarlo, gracias á un prudente empleo de esa corrupción administrativa que está en boga, según parece, en todos los países, pero que yo no había podido emplear todavía á la vista, y bajo la inspección de aquella celosa corte: quince pintas de abalorios de todas clases, veinte gruesas perlas azules y cinco brazaletes de cobre que envié al comandante en jefe como prenda de amistad, pusieron á mi disposición la influencia de aquel alto funcionario. Así pues, me señalaron inmediatamente un grupo de chozas situadas en un jardín de plátanos que había en la pendiente de una colina y que daba al camino real dominado por aquellas. Ningún extranjero, excepto los embajadores de Vuahinda, ha ocupado nunca aquel palacio completamente aristocrático. Desde allí veo el palacio real, oigo la música que tocan en él, y veo también entrar y salir á las turbas que afluyen de todas partes hácia la regia morada. Por lo mismo no retardé ni un minuto mi instalación en la nueva casa, reservándome la mejor choza, distribuyendo las otras á mis tres oficiales y encargando al resto de la gente que construyese dos filas de barracas que formasen una calle desde nuestras chozas al camino real. Falta que construir para cumplir las leyes suntuarias del Uganda la pieza destinada para las reuniones oficiales. En esta parte, aquella raza de negros podría dar ejemplo á los otros.

17 de marzo.—Esta mañana he ido á casa del Kamraviona. Para darse importancia no ha tenido inconveniente en obligarme á esperar antes de admitirme en un patio interior donde le he encontrado sentado con algunos «ancianos,» mientras que los menestrales vonasagas celebraban cantando con sus pequeñas arpas la grandeza del monarca, la llegada del noble extranjero, sus hermosos vestidos, su magnificencia, etc., etc. El joven jefe, hermoso muchacho que no tiene veinte años, no levantó la cabeza cuando me acerqué, y después, rogándome que me sentase é informándose de mi salud quiso espresar con su acento una especie de orgullosa condescendencia y de distraído abandono. Sin embargo, aquellas maneras solo duraron algunos minutos, y su actitud fue distinta cuando tomé la palabra para manifestarle mi deseo de ser presentado á todos los concurrentes. Entre estos se hallaba un tal Myema, anciano de aspecto magestuoso que había tenido en otro tiempo el honor de llevar sobre sus hombros al difunto rey Sunna, de quien era el bucéfalo titulado; Mpungu, antiguo cocinero de Sunna, y que ocupa igualmente un elevado puesto en la corte; Usungu y Kunza, verdugos que poseen toda la confianza del rey, y por último Yumba y Natiga, cuya genealogía se remonta al tiempo de los primeros reyes del Uganda. Cuando yo tomaba nota de sus diferentes nombres, se regocijaban de hallarse inscritos en mis tabletas. Kunza, uno de los verdugos, me pidió como un gran favor que abogase para que se revocara la sentencia de muerte decretada por el rey contra aquel pobre muchacho. Me creí en el caso de oponer algunas dificultades, por interés de dignidad, fundadas en «que una persona como yo no puede esponderse á una negativa;» pero como el Kamraviona me aseguró «que no me esponía á tal cosa,» opinión de que participaban todos los concurrentes, y contesté que tendría sumo gusto en interceder por él, y el anciano me apretó la mano con un verdadero trasporte de alegría.

Por tanto, habiendo ido dos días después á visitar al rey, á cuyo palacio mi llegada llevaba una multitud de cortesanos, entre los cuales se hallaba el viejo verdugo Kunza, pedí al rey el perdón de su hijo.

Mtesa sorprendido exclamó: ¿es posible que el *Bana* solicite semejante favor?

Y habiéndole repetido que sí, dió orden de que se pusiese al preso en libertad en medio de las risas de toda la concurrencia, excepto del pobre viejo, que conmovido y con los ojos arrasados de lágrimas, fué á echarse á mis pies para mostrarme su agradecimiento. El rey, á quien aquel incidente puso de buen humor, me llevó á ver á unos treinta hermanos que tiene, y que viven á su lado en una especie de cautividad, bajo la vigilancia de un empleado especial